

Madame Gauguin

Fietta Jarque

reseñado por

Concepción Reverte Bernal

Universidad de Cádiz

Jarque, Fietta. *Madame Gauguin*. Lima, Fondo de Cultura Económica del Perú/Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2022. 280 pp. ISBN: 978-612-4395-46-8, 978-84-375-0827-6.

La limeña Fietta Jarque es periodista, escritora y curadora de arte contemporáneo; trabajó en la redacción de cultura del diario *El País*, entre 1984 y 2013. Por el asunto de este libro, entre sus publicaciones cabe destacar su excelente novela histórica *Yo me perdono* (1998) y el volumen de entrevistas *Cómo piensan los artistas* (2015).

Como señala Jarque en “Palabras de la autora” (reimpresión 2022, pp. 279–280), esta novela parte de otra novela: *El Paraíso en la otra esquina*, de Mario Vargas Llosa (2003), donde se contraponía a la activista francesa Flora Tristán con su todavía más célebre nieto, el pintor Paul Gauguin, dejando entre ambos a un ser humano en la penumbra, como fue la hija de la primera y madre del segundo, Aline Chazal, “víctima entre las personalidades arrolladoras de dos personas geniales” (p. 280).

Para mí lo más original del relato reside en el paso de la narradora autobiográfica que da título a la novela, a un narrador omnisciente y a otros puntos de vista que la observan más adelante, una vez fallecida la protagonista, como será la perspectiva sobre ella de su hijo, Gauguin, varias veces calificado como “salvaje” en la novela de Vargas Llosa y aquí, por su consideración hacia sí mismo y sus actuaciones. De esta manera, la indagación sobre el carácter de Aline Chazal, achacado a su difícil infancia por los problemas que tuvo que afrontar su madre, se convierte a su vez en una reflexión sobre la personalidad de su hijo, el famoso pintor, quien se siente a su vez amado y rechazado por su madre.

La novela se inicia con los pensamientos de Aline ante la tumba de su madre en Burdeos, adonde ha acudido a un homenaje dedicado a la activista, lo que la conduce a la reconciliación interior con ella, cuando ya no pueden dialogar personalmente. De ahí la narración pasa a Lima, ciudad donde Aline fue acogida por su tío abuelo don Pío Tristán, siendo viuda con dos hijos, Marie y Paul, situación que recuerda la que tuvo Flora Tristán cuando viajó a Arequipa para reclamar su herencia paterna. El tercer capítulo transcurre

en Orléans, Francia, donde se ha refugiado Aline en casa de su bohemio cuñado Zizí, sitio donde ella empieza a ser consciente de lo que desea para su futuro, hasta entonces condicionado por su origen, la misión que se propuso su madre en favor de mujeres y obreros, su marido periodista y su prematura viudedad con escasos recursos, hasta que ve la posibilidad de ganar la independencia ejerciendo un oficio. Las heridas que le ha ido causando su propia biografía están simbolizadas por el acto repetido de pincharse los dedos mientras cose, actividad femenina que le permitirá alcanzar la autonomía económica. La última parte de la novela se desarrolla en París, donde Aline consigue dedicarse más atención a sí misma con apoyo de un amante, que será un coleccionista de arte y padre de una pintora de talento, lo cual determinará la vocación de Paul Gauguin como artista. Es en esta última parte cuando las piezas que forman el rompecabezas de la vida de Aline llegan a encajar, por más que sea simultáneamente la etapa en la que fallece. La novela se cierra con un colofón titulado “Genealogía de un retrato o la inocencia perdida”, al que siguen varias imágenes de cuadros, que brindan claves para comprender a Madame Gauguin y el influjo que pudo tener en la forja de la sensibilidad de su hijo, el célebre pintor.

Uno de los asuntos que a mi juicio tiene más peso en la novela es el de la pederastia, el cual marca la psicología de Aline, de la misma manera que su contemplación en Londres marcó a su madre, en su papel de “Mesías” o redentora social; no en vano esta cuestión está situada a manera de clímax de esta novela. Sin revelar más detalles para evitar que los lectores pierdan interés en la obra, esa “inocencia perdida” cuestiona el comportamiento que tendrá Paul Gauguin en la Polinesia años después, materia que fue puesta de relieve por Vargas Llosa en la novela citada.

Si Burdeos, Lima, Orléans y París constituyen las cuatro localizaciones que sirven para dividir en partes la novela, existe un perspectivismo narrativo y una construcción a modo de *collage*: hay pasajes tomados de obras de Flora Tristán en su primera parte, Burdeos; “Actas” de una especie de diario llevado a cabo por Aline mientras reside en Lima, en la segunda; pasajes que alternan acontecimientos relativos a “Zizí en su dédalo”, con otros de “Aline en su laberinto” (recordemos que, según la mitología, Dédalo fue el constructor del laberinto de Creta), hasta que Zizí y Aline vayan tomando las riendas de sus respectivas vidas en la tercera parte. En la última parte de la novela, en París, la alternancia se hará más compleja, pues además de pasajes sobre “Aline en su laberinto” y “Zizí en su dédalo” encontraremos otros sobre “La búsqueda de Paul”, con saltos cronológicos que van en la misma dirección de búsqueda vital, para la que desempeñará un papel relevante “La misión de Gustave”, que no es otro que el amante adúltero de su madre, Gustave Arosa, con quien Aline alcanzará la felicidad. Si en la primera parte de la novela se contraponía a Flora Tristán con su adversaria y rival George Sand, quien, paradójicamente, se cuenta que ayudó a Aline una vez fallecida su madre, en esta última parte de la novela se resaltarán el curioso triángulo amoroso formado por Aline, Gustave Arosa y su esposa y amiga de Aline, Zoe, en apartados titulados “En casa de Zoe”, que se añaden ahora.

Esta es, pues, una novela cuyo interés va aumentando hasta obtener las claves finales, cuando leemos las explicaciones de ciertos cuadros, con cuyas imágenes se cierra el libro. Arte y biografías históricas noveladas, una combinación que puede seducir a bastantes lectores.